

El Formativo: ¿progreso o tragedia social? Reflexiones sobre evolución y complejidad social desde Tarapacá (Norte de Chile, Andes Centro Sur)

Mauricio Uribe Rodríguez¹

Resumen

El período Formativo ha sido concebido como el momento en que las sociedades arcaicas de tradición cazadora recolectora incorporan e implementan estrategias económicas novedosas que producirán cambios en el patrón de asentamiento con la aparición de ocupaciones estables y el notable surgimiento de arquitectura ceremonial y pública, aludiendo a una mayor complejidad y desigualdad tendiente al surgimiento de formaciones sociales no igualitarias. Particularmente, en Tarapacá se ha sostenido que dicha complejidad social se traduce en una vida aldeana, resultado del apogeo agrícola, de la mano con el advenimiento de grupos del altiplano que traen la “civilización”. Dentro de lo anterior, destaca como una gran problemática el o los marcos teóricos al amparo de cuales se ha construido una “utopía” sobre la complejidad andina, que resulta cuestionable ante las concepciones sociales que hoy maneja la teoría social, la antropología y la historia. Por lo tanto, el “progreso” al modo del Neolítico que se vislumbra a partir de esta concepción, se vuelve aún más discutible cuando consideramos que bastante evidencia empírica alude a un proceso más bien traumático. En este trabajo, al amparo de un marco teórico del “pensar-social” y de nuestra experiencia arqueológica en Tarapacá, reflexionamos en torno de las bases de una formulación investigativa y un enfoque interpretativo que permitan profundizar acerca de la conceptualización de este período e introducirnos en la discusión del Formativo de los Andes Centro Sur.

The Formative Period has been understood as a time in which Archaic hunting gathering societies introduced and established new economic strategies that facilitated sedentary life and produced the emergence of public and ceremonial architecture, which together with an increasing social complexity and inequality, generated non-equalitarian social formations. Particularly, it has been claimed that in Tarapacá social complexity generated village life as a result of agriculture and the arrival of Altiplano groups that brought “civilization” into the region. However, the theoretical perspective on which this interpretation is based promoted a problematic “utopia” of Andean complexity, especially when we evaluate this theory under the light of current ideas and concepts in social theory, anthropology, and history. The idea of Neolithic-style progress that underlies this interpretation becomes even more questionable when we consider that there is enough evidence that suggest that the Formative constituted a very much traumatic process. In this paper, based on a “social thinking” theoretical framework and on my research experience in Tarapacá, I evaluate the possibilities of a new research project and an interpretative perspective that will allow us to deepen

¹ Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. Av. Ignacio Carrera Pinto 1045. Nuñoa. Santiago. Chile. (E-mail: mur@uchile.cl).

our current ideas about this period in the region and insert our research in the general discussion about the South Central Andes Formative Period.

El período formativo y el norte grande de Chile

En general, dentro de la Arqueología Americana, el período Formativo ha sido concebido como el momento en que las sociedades “arcaicas” de tradición cazadora recolectora incorporan e implementan estrategias económicas novedosas que permitirán la producción de excedentes y distintos niveles de acumulación (Lumbreras 1981; Olivera 2002; Rowe 1962; Willey y Phillips 1958). Dicha transformación supone un cambio en el patrón de asentamiento con la aparición de ocupaciones estables, a modo de aldeas, y el notable surgimiento de arquitectura ceremonial y pública (Raffino 1977). Lo anterior tendrá directa relación con otra de las más significativas características de este período que alude a una mayor complejidad y desigualdad tendiente a la aparición de formaciones sociales no igualitarias adscritas a jefaturas y señoríos (p.ej. Goldstein 2000; Sarmiento 1986; Stanish 2003).

Bajo este paradigma se ha construido la Arqueología Andina y, en particular, la del Norte Grande de Chile (Lumbreras 1994). Así, las características de la cultura material han permitido argumentar que este período se relacionaría con un proceso cúlmine de complejidad social, donde se inician la producción de alimentos, la especialización del trabajo, el sedentarismo y la vida aldeana (Muñoz 1989; Núñez 1989). El Formativo en el Norte Grande se caracterizaría por elementos que innovan las ancestrales tradiciones arcaicas de la costa y la puna, generando transformaciones económicas y sociales que alcanzan un momento clave hacia el 1000 a.C. (Núñez 1989).

Se trata de un proceso donde los sitios habitacionales, como los funerarios, contienen una gran diversidad material que dan cuenta de contactos e intercambios entre la costa, los valles, las tierras altas, incluido el Noroeste Argentino, y el oriente amazónico (Ayala 2001; Muñoz 1987; Núñez 1989; Núñez et al. 1975; Núñez y Dillehay 1995; Rivera 1975). Éstos estarían representados por la aparición de nuevas tecnologías como la cerámica, la textilera en lana de camélidos domésticos, así como la metalurgia en oro y cobre, junto con las plantas cultivadas de origen foráneo como el maíz, las cucurbitáceas, los pallares y el algodón, entre muchas otras (Agüero y Cases 2004; Dauelsberg 1985; Focacci 1974, 1980; Muñoz 1980; Rivera 2002; Santoro 1980; Uribe y Ayala 2004; Uribe 2006). Todo lo anterior enmarcado en un modo de vida representado por expresiones arquitectónicas residenciales como ceremoniales que enfatizan lo comunitario por sobre lo familiar (Agüero et al. 2001; Núñez 2005; Romero et al. 2004), asociadas a manifestaciones “artísticas” sobre soportes muebles e inmuebles de carácter icónico y simbólico explícito que se interpretan como conspicuos de esta transformación social (Gallardo 2004; Muñoz 2004; Núñez 1989; Rivera 1985).

De acuerdo con varios investigadores (Muñoz 1989, 2004; Núñez 1989; Rivera 1976, 1980, 1983, 1985, 1995, 2002), alrededor del 500 a.C. y el 500 d.C. esta situación se haría extensiva a todos los Andes Centro Sur, a la que se denominó como fase Alto Ramírez (Muñoz 1980, 1987; Rivera 1980, 1995), equivalente a los desarrollos Pukara, Chiripa y Wankarani del altiplano Circuntitica y Meridional (Ayala 2001; Muñoz 2004).

Esta propuesta y modelo implicaría una etapa donde los desarrollos formativos locales demostrarían una marcada integración de elementos regionales costeros, vallunos y altiplánicos que conformarían sistemas sociales basados en una economía agrícola y ganadera, relaciones de reciprocidad, intercambio institucionalizado y complementariedad ecológica, permitiendo el surgimiento de ciertas elites legitimadas desde el plano religioso y por su conexión con los núcleos civilizatorios del altiplano (Núñez y Dillehay 1995; Rivera 1995). Al respecto, en mayor o menor grado, se considera que los elementos altiplánicos y de la vertiente oriental andina estaban ingresando a la zona desde las tempranas fases Azapa o Faldas del Morro en Arica (1300-500 a.C.), y contemporáneamente a Tilocalar y Toconao en el Salar de Atacama (Núñez 1994; Rivera 1985, 2002; Thomas et al. 1988-89), promoviendo o produciendo el cambio social y la complejidad política.

No obstante, frente al panorama anterior, los avances y también los “silencios arqueológicos” (Núñez 1979:173) en la investigación del Formativo en el Norte Grande de Chile, han llevado a una intensa discusión en torno del origen, consecuencias y las bases sobre las que se ha reconstruido esta crucial parte de la prehistoria e historia de las sociedades andina en cuestión (Muñoz 2004). Por ejemplo, este Muñoz indica “que a pesar de que en el período Formativo las sociedades se encaminaban hacia el cambio agrícola aldeano, la costa bajo el concepto económico y cultural siguió siendo la base sobre la cual estas sociedades formativas de los valles occidentales se proyectaron a través del tiempo” (Muñoz 2004:224-225). Además, “el análisis de las evidencias habla de una población que debió haber conocido su hábitat y que...el conocimiento de las plantas, animales y recursos naturales fue parte esencial de su existencia” (Muñoz 2004:222). Incluso, el “progreso” al modo del Neolítico que se vislumbra a partir de las palabras de otros investigadores (Núñez 1989), se vuelve aún más discutible cuando consideramos que “el estado de salud de las poblaciones formativas fue precario, con enfermedades broncopulmonares y gastrointestinales que causaron la muerte en especial a los niños y recién nacidos. Esta situación demostraría lo complejo que fue para las poblaciones locales cambiar los hábitos alimenticios, o insertarse en nuevas áreas de asentamiento como consecuencia del trabajo agrícola” (Muñoz 2004:223).

Lo anterior redonda en una pregunta esencial dentro de esta reflexión: el cambio económico que ha constatado la arqueología en el Formativo, ¿significó el progreso o fue, política e ideológicamente hablando, una tragedia social? En este contexto, por lo tanto, destaca como una gran problemática el o los marcos teóricos al amparo de los cuales se ha construido una “utopía” sobre la complejidad andina, que resulta cuestionable ante las concepciones sociales que hoy maneja la teoría social, la antropología y la historia, así como frente al manejo que los individuos hacen de la cultura material (Althusser 1974; Anderson 1993; Bourdieu 1997; Clastres 1978; Foucault 1979; Geertz 1987; Giddens et al. 1995; Gellner 1997; Ricouer 1999).

Lo anterior resulta elocuente cuando observamos afirmaciones como las desarrolladas por Núñez (1989), para quien las poblaciones cazadoras recolectoras lograron por miles de años proveerse de víveres a través de la caza, la pesca, la recolección de plantas, moluscos y frutos silvestres, pero gradualmente “comprendieron la importancia de producir sus alimentos” (Núñez 1989:81). Analizando estos argumentos, entendemos que la

implantación gradual de los logros agrícolas y ganaderos alrededor del segundo milenio a.C. abrieron nuevas expectativas de vida y gestaron un “nuevo pensamiento progresista” (Núñez 1989:81). Paulatinamente, entonces, surgió una “nueva ideología” (Núñez 1989:81), emergiendo valores novedosos tales como “la obligación social, la armonía étnica y el énfasis del ceremonial” (Núñez 1989:83). Todo esto fue más significativo “cuando otros colonos y emigrantes trasandinos arribaron durante el primer milenio AC con rasgos más avanzados” (Núñez 1989:83), tales como la cerámica, textilería, metalurgia, etc., mejorando las condiciones para la expansión y consolidación de las prácticas agrarias y ganaderas más perfeccionadas; asimilando, incluso, los logros productivos preexistentes a la llegada de los “emigrantes o colonos altiplánicos, comprometidos con la región cercana del Titicaca” (Núñez 1989:100). Siguiendo a Childe (1973), “[Más] que una civilización de las formas ha surgido un pensamiento civilizado en gran parte del país, capaz de enriquecer la vida espiritual y cotidiana” (Núñez 1989:85).

Pero, la información empírica expuesta más adelante y que caracterizaría este momento genera dudas y ofrece más preguntas que soluciones con respecto a estos temas, coincidiendo con una perspectiva crítica que sospecha de esta ideal imagen del pasado (Fernández 2006; Hodder 1998; Leone et al. 1987; McGuire y Paynter 1991; Miller y Tilley 1984; Miller et al. 1989; Patterson 1994; Schmitd y Patterson 1995; Tilley 1989 y 1990; Trigger 1992). Sin renegar de los aportes de las contribuciones de nuestra arqueología, en esta oportunidad planteamos una revisión de sus bases teóricas (Greene 1999) y apelamos a la “pérdida de la inocencia” de la perspectiva histórica (Trigger 1998:694), contribuyendo a través del caso específico del Formativo de Tarapacá con una reflexión que provea de un avance cualitativo a la base materialista del “pensar-social”. En particular, porque sus ideas de evolución social como progreso, producción agrícola, ganadera y excedentes, vida sedentaria, aldeana y comunitaria, intercambio, colonias y caravanas, armonía social y religiosidad, se constituyeron en el paradigma de la interpretación durante una época marcadamente etnocéntrica de la disciplina (Trigger 1992). Por otra parte, empíricamente Tarapacá ofrece un registro arqueológico propio y diverso, más alejado de los horizontes panandinos preincaicos que afectan la percepción de los desarrollos locales, que permite reevaluar todos estos planteamientos y discutir su adscripción por analogía con las regiones colindantes (Muñoz 1989; Núñez 1979; Rivera 2002).

Avances y problemas del formativo de Tarapacá

El territorio de Tarapacá conforma una región ecológica y cultural en la porción meridional de los Valles Occidentales de los Andes Centro Sur, que se extiende a lo largo del desierto entre el río Majes, del extremo sur del Perú, y el río Loa en Chile (Núñez 1968). En el extremo norte del país se ubica la región de Arica, constituida por las quebradas exorreicas de Lluta, Azapa, Chaca o Vítor, Camarones y Camiña o Tana, que disectan la monotonía del desierto generando acotados espacios de “eficiencia” para el desarrollo vegetal, animal y humano entre el litoral del Océano Pacífico y el altiplano (Llagostera 1989; Santoro 1989). Al contrario, inmediatamente al sur, Tarapacá se caracteriza por una costa desértica donde predomina el arreísmo absoluto, una depresión intermedia y la Pampa del Tamarugal donde desaguan las quebradas de Aroma, Tarapacá, Quisma, Guatacondo

y Maní, entre otras, permitiendo el crecimiento de una extensa cobertura de bosques y oasis (p.ej. Pica-Matilla), lejos del mar pero largamente aprovechados para el asentamiento humano y la recolección hace unos 10.000 años (Ajata 2004; Meighan y True 1980; Schiappacasse et al. 1989). Ambas regiones colindan por el este con el altiplano y la Puna Seca (Santoro 1989), y por el sur, Tarapacá limita con el río Loa donde se inicia la región Atacameña y la Puna Salada (Agüero et al. 1997, 1999; Le Peige 1957-58; Núñez 1992).

En general, la configuración material que caracteriza el cambio económico, social y cultural del Formativo en Tarapacá, se encuentra amplia y especialmente referenciada por la arqueología funeraria de Arica y la costa. Dauelsberg (1985) puso al descubierto, a través de sitios como Faldas del Morro, tumbas con cuerpos flectados y enfardados, ajuares y ofrendas entre los que destacaban cerámica, textiles policromos y turbantes, artefactos de oro y cobre, tabletas y tubos del complejo alucinógeno, calabazas pirograbadas, maíz y quínoa. A su vez, la presencia de elementos diagnósticos del Arcaico como otros posteriores, le permitieron postular la fase Faldas del Morro, entre el 820 y 310 a.C., como una etapa “transicional” que se hizo extensible a sitios de Tarapacá, como Pisagua, Punta Pichalo y Tarapacá 40 (Bird 1943; Dauelsberg 1972-73, 1985; Meighan y True 1980; Núñez 1969; Schiappacasse et al. 1991).

El periodo Formativo tarapaqueño se identificó por elementos que innovan la ancestral tradición local o Chinchorro, generando transformaciones sociales y económicas “revolucionarias” (Bird 1943; Núñez 1989). No obstante, se pudo apreciar que algunas de las técnicas adoptadas por estas “nuevas poblaciones” se mantenían en el tiempo, ya que eran similares a las halladas en contextos posteriores, como El Laucho y Alto Ramírez de Arica (Núñez 1970). Al contrario de pensar en una evolución local, sin embargo, se planteó que gran parte de las innovaciones debían provenir de fuentes externas, que vinculaban el origen de este proceso con los desarrollos agroganaderos de Wankarani en Bolivia. Dicha argumentación, se implementó para entender las nuevas tecnologías y la agricultura (Dauelsberg 1992-93). De hecho, Núñez (1970) caracterizó a estas poblaciones como una adaptación especializada en la explotación del mar, con una estructura cazadora-recolectora, que recibe las técnicas horticultoras o agricultura incipiente posiblemente de la cabecera de los valles aledaños, articulados por un sistema de caravanas de llamas todavía no suficientemente comprobado (Núñez 1984; Núñez y Dillehay 1995).

En la misma línea, Rivera (1976, 1982, 1995, 2002) argumenta que dentro de los sitios Chinchorro se encuentran, además de la momificación y ciertos rasgos bioantropológicos locales, restos como cultivos de origen tropical, plumas y semillas que responderían a antiguos y constantes contactos entre poblaciones costeras del norte chileno y sur peruano con grupos amazónicos. Bajo la misma argumentación, y por sus similitudes con Arica, se explican los contextos funerarios del sitio Camarones 15 en la quebrada homónima y Pisagua 7, donde se obtuvieron fechas absolutas entre el 745 y el 1100 a.C. (Aufderheide et al. 1994; Muñoz et al. 1991; Schiappacasse et al. 1991), para posibles colonos altiplánicos. Mientras que hacia Iquique, se incluyen otros sitios como los de Bajo Molle, Patillos, Punta Gruesa y Cañaño (Moragas 1995; Núñez y Moragas 1977, 1983), con fechas de 820 y 890 a.C. en Cañaño 1 (Núñez 1976); hasta la desembocadura del Loa en Caleta Huelén 7, 10, 10A, 20, 42 y 43, dentro de un rango cronológico entre el

1800 a.C. y el 820 d.C. (Núñez 1971, 1976; Zlatar 1983).

Prácticamente, en todos estos casos la presencia de las nuevas tecnologías, junto con maíz, calabazas, algodón y otros cultivos, se interpretaron como resultado de la interacción entre grupos altiplánicos y grupos del litoral, donde los grupos interiores actuarían como mediadores. Más aun, Núñez sugiere que el asentamiento de Caleta Huelén 42 (Zlatar 1983), presenta un planeamiento de recintos semicirculares y puertas similares al de los uros bolivianos que “tienen precisamente un tipo de patrón estructural correspondiente a tierras altas” (Núñez 1971:17). Consecuentemente, Núñez y Moragas (1977) plantean que las poblaciones de Cañaño 1 se mantuvieron en la costa circundante con incursiones hacia el interior en búsqueda de recursos vegetales para lograr un equilibrio dietario a través del consumo de productos venidos de áreas distantes. Innovaciones que las poblaciones locales no lograron implementar, según los autores, ya que la desertificación extrema impidió que los estímulos externos, en especial la agricultura, permaneciesen y se adoptaran como nuevas formas de producción y sociedad.

Paralelamente, ¿qué plantean las investigaciones realizadas hasta el momento al interior de Tarapacá? Una primera línea de evidencia se presenta en la quebrada de Tiliviche (Tiliviche 1b), a 40 km de su desembocadura en Pisagua Viejo. Allí se encontraron maíces y cuyes con dataciones probablemente previas al 4000 a.C. (Castro y Tarragó 1992; Núñez 1986). Pero es luego, en las quebradas de Tarapacá, Guatacondo y el oasis de Quillagua donde se advierte un temprano desarrollo de patrones de asentamientos residenciales y ceremoniales que luego constituirán un modo de vida aldeano a través de una tradición arquitectónica formativa, representada por sitios como Pircas, Caserones 1, Ramaditas, Guatacondo I, Quillagua 65 y La Capilla, entre otros (Agüero et al. 2006; De Bruyne 1963; Meighan y True 1980; Mostny 1970; Núñez 1982, 1984; Rivera et al. 1995-96). Desde el punto de vista del paisaje, dichos sitios muestran una estrecha relación con la explotación de las quebradas de la Pampa del Tamarugal y mantienen un claro vínculo con la costa.

Este sistema en un amplio lapso configuraría asentamientos únicos en términos de su composición arquitectónica (p.ej. de plantas circulares, rectangulares o mixtas, dispersas y aglutinadas), donde la conjugación de construcción pública y ceremonial pareciera ser funcional a las prácticas económicas en un intento por mantener un acceso permanente a los recursos silvestres y producidos de las quebradas, la pampa y el litoral (Adán et al. 2005). Como señala Ayala (2001:28-29, citando a Núñez (1982) y Rivera et al. (1995-96)), las quebradas de Tarapacá y Guatacondo reflejarían una modalidad de organización espacial donde se aprecia una clara separación y articulación de los ámbitos domésticos y funerarios, observándose que cada aldea cuenta con sus cementerios (p.ej. Pircas 2 y 6, Tarapacá 6, 40 y Caserones 5, Guatacondo 5A y 12, e incluimos Quillagua 84 y 89 (Agüero et al. 2001)). Para Núñez (1979), la enorme extensión de sus bosques de *Prosopis* sp. habría permitido la formación de dichos enclaves, los cuales actuarían como una atractiva zona intermedia entre la costa y las tierras altas, dando cuenta de la vigencia de antiguos regímenes arcaicos de movilidad a larga distancia (Núñez 1969, 1975).

Así, en el curso bajo de la quebrada de Tarapacá, ocupaciones documentadas desde el periodo Arcaico en adelante, por ejemplo Tarapacá 14 y 18 (Meighan y True 1980;

Núñez 1979), proveen un temprano registro de agricultura inicial en el cementerio Tarapacá 40, asociada a intensas actividades de recolección de *Prosopis* sp. y acceso al maíz desde los 2000 a.C. (Castro y Tarragó 1992; Núñez 1982). Para los mismos autores, sobre esta base ya se constituiría una sociedad agraria consumidora de varios otros productos (p.ej. calabaza, maní, pallar, papa, quínoa, zapallo y semillas de algodón), alrededor del 400 a.C.

Vinculado con este cementerio, pero en la pampa norte, se emplaza el complejo arquitectónico Pircas con unos 56 conjuntos dispersos de estructuras habitacionales y sectores ceremoniales delimitados por muros periféricos, fosos de ofrendas en espacios abiertos e incluso geoglifos, donde también aparecen cerámica, cestos, hilos, cucharas, algarrobo, maíz, poroto y algodón, con fechas que fluctúan entre los 480 a.C. y los 500 d.C. (Núñez 1984). Frente a Pircas y Tarapacá 40, sobre la pampa sur, se emplaza Caserones 1, constituyendo un conglomerado de dimensiones inusitadas hacia el 400 a.C., el cual involucraría cuatro momentos de desarrollo arquitectónico hasta el 1200 d.C. (Meighan y True 1980; Núñez 1982, 1989), superando las 600 estructuras y denotando un modo de vida entendido como aldeano (Adán et al. 2005). Las fechas de Oakland (2000) para el mismo sitio expresan que la ocupación clásica del Formativo tomaría cuerpo entre el 50 a.C. hasta el 700 d.C. Lo anterior se entiende como el producto de un alto grado de sedentarismo y densidad demográfica, constituyéndose en un lugar de convergencia de diversos grupos a raíz de las óptimas condiciones medioambientales que proporcionaron una gran estabilidad en el acceso a los recursos silvestres y cultivados. Un rasgo característico es el énfasis dado al almacenamiento relacionado con una sobreproducción enfocada al consumo e intercambio (Núñez 1982; Núñez y Dillehay 1995), evidenciado por estructuras a modo de bodegas con vegetales en grandes volúmenes, principalmente algarrobo y maíz. En este sentido, Núñez (1974, 1979) postula que el sitio representa un lugar de experimentación, donde se produciría la consolidación de la agricultura temprana, al amparo de una movilidad transhumántica y luego caravánica. Esta interpretación, sin embargo, requiere de mayor evidencia cultural y zooarqueológica (Núñez 1984; Núñez y Dillehay 1995). En este contexto, las últimas investigaciones en el sitio insisten que este hecho debe estudiarse y no puede desligarse del manejo y circulación de los recursos vegetales silvestres con fines alimenticios, silvícolas u otros (algarrobo, chañar, cañas, cebil, etc.), incluso provenientes de los Valles Occidentales y Orientales (Adán et al. 2005; García y Vidal 2006).

La quebrada de Guatacondo, también muestra cultígenos rescatados a partir de contextos funerarios de poblaciones cazadoras-recolectoras, dando cuenta de un consumo inicial de calabazas, maíz y quínoa (p.ej. Guatacondo 5A). A ello se suma el poblado de Guatacondo I, que también muestra la persistencia de la recolección de algarrobo, una agricultura inicial y un componente arquitectónico aldeano fechado hacia el 90 d.C., de por lo menos 120 estructuras distribuidas alrededor de una gran plaza central de forma ovalada, con algunas caras modeladas y que conserva un monolito de piedra en el centro (Mostny 1970). Sumado a esto, De Bruyne (1963) realiza el primer relevamiento de un gran complejo agrohidráulico asociado con éste y otros sitios en la quebrada a 1.460 m sobre el nivel del mar. De este modo, se identifica Guatacondo II, donde se observan

grupos de construcciones con restos de escoria, y Guatacondo III, con canales de irrigación y campos de cultivo diseminados con casas aisladas circulares que recuerdan el patrón disperso de Pircas (Núñez 1982, 1984). Este es el caso de Ramaditas, donde Rivera et al. (1995-96) confirman la existencia de campos de cultivo y aluden a la presencia de cerámica, de clara influencia Wankarani para los autores, junto con otros artefactos relacionados con palas líticas y molienda, además de manejo metalúrgico en cobre. Al respecto, reconocen surcos conectados a una red de canales en amplios campos, a partir de lo cual plantean la implementación de este sistema agrícola, gatillado por un paulatino descenso de cultígenos desde el altiplano como consecuencia de los cambios climáticos vividos en épocas anteriores (Rivera et al. 1995-96). Considerando cierta contemporaneidad con Guatacondo I, los autores hipotetizan acerca de la sociedad en estos momentos, señalando que “la organización sociopolítica de Ramaditas en un contexto más amplio donde coexistirían varias aldeas lideradas independientemente... abre la posibilidad a la existencia de una confederación en un momento determinado. En este caso, también podría plantearse una organización espacialmente más amplia, una especie de supra-organización, fundamentada más que en un aparato político centralizado, en un sentimiento de identidad común basado en fuertes lazos ideológicos y cosmológicos de desarrollo Pre-Tiwanaku” (Rivera et al. 1995-96:224).

Bajo este mismo marco apelan al rol del agua como fundamental en términos de un modo de vida y una ideología que vincularía este desarrollo con el altiplano circunlacustre (Rivera 1985, 1995). Todo lo anterior sugiere que dicha complejidad social se traduce en una vida aldeana que es el resultado de un apogeo agrícola de la mano con el advenimiento de grupos procedentes de núcleos altiplánicos que traen la “civilización”; los que, finalmente, transforman, absorben y desplazan a las “arcaicas” poblaciones locales (ahora marginales), conectando estos territorios con una red jerarquizada de unidades políticas cada vez mayores, ya sea por sistemas de intercambio institucionalizado o creencias religiosas. No obstante, estas ideas necesitan ser evaluadas empírica y sistemáticamente.

Cuando revisamos otras lecturas (quizás menos “populares”) de estas mismas evidencias, encontramos apoyo a nuestra mirada más crítica de esta prehistoria. Este es el caso de Caserones 1, donde Meighan y True (1980) observan que a pesar de la notable envergadura del sitio, su comportamiento no refleja una gran concentración poblacional en un mismo momento como generalmente se piensa una aldea. Al contrario, sugieren que una población más bien pequeña utilizó el asentamiento en forma intermitente durante unos 1000 años, dependiente de las fluctuaciones del régimen hídrico de la quebrada de Tarapacá. De este modo, durante los momentos secos se produciría el repliegue a los poblados costeros o hacia aquellos de mayor altura, dejando el sitio en estado de abandono. Por lo tanto, la conformación del asentamiento habría dependido en gran medida del régimen de aguas y los recursos silvestres de las zonas de eficiencia de desembocadura en la Pampa, lo que habría promovido una economía complementaria de recolección de *Prosopis* sp. y agricultura creciente, junto con caza de guanaco, aves, pescados y mariscos traídos del litoral que enfatizan la estrecha relación con la costa. Así, Caserones formaría parte de un mismo patrón de asentamiento y subsistencia que, como también insinúan los investigadores, podríamos aplicar al caso de Guatacondo e incluso a Pica o Quillagua en

el resto del territorio tarapaqueño (Agüero et al. 2006; Sanhueza en prensa).

En este sentido, retomamos la propuesta de Meighan y True (1980), por cuanto lo que entendemos como vida aldeana, producción agrícola y complejidad social derivaría de las antiguas prácticas estacionales y/o transitorias “desde la costa” a las quebradas de la Pampa, considerando el fuerte desarrollo que tenían las poblaciones marítimas, por lo menos en Pisagua (Bird 1943). Sobre esta dinámica previa de movilidad se entiende una complementación económica entre ambos espacios, manteniéndose “aldeas” costeras y asentamientos menores en las quebradas interiores a 40 o 50 km del litoral (Adán y Urbina 2004), hasta la formación de un régimen “costero agrícola” bastante estable en el interior, el cual promovería la constitución de espacios construidos con el propósito de poder desarrollar estadias más largas, alcanzar una mayor congregación poblacional y tal vez para establecer una marca territorial. Pero, que no necesariamente estuvieron funcionando de manera sincrónica, sino a través de un comportamiento de ocupación y abandono reiterativo para la captación de los recursos naturales (agua, suelos, vegetación, animales, etc.). No obstante, Meighan y True vuelven a aludir a las influencias externas como la causa para el ingreso de la agricultura y la inserción de Caserones dentro de una dinámica andina mayor (incluyendo nexos con Arica y San Pedro de Atacama); aunque no aprecian con claridad las relaciones con el altiplano, indicando sólo una probable coexistencia de este sistema con poblaciones finales de Tiwanaku en su Período 3, cuya ausencia claramente Bird (1943) ya había notado en la costa.

En definitiva, la presencia altiplánica y su efecto civilizatorio siguen constituyendo un tema de discusión, pues no deja de ser hasta el momento una afirmación hipotética que requiere mayor estudio. Esto especialmente si consideramos que el altiplano adyacente que comunica directamente con las regiones de Oruro y Potosí, reconocido como un espacio adscrito a Wankarani (Lecoq y Céspedes 1997; McAndrews 2005), carece de investigación y aún no se cuentan con buenos datos sobre su capacidad ganadera y social. Sobre esta área sólo se cuenta con fechas de 180 y 510 d.C. en el Pucara de Isluga y ciertas apreciaciones generales sobre los poblados y el arte rupestre de la sierra (Niemeyer 1961; Núñez 1965; Rivera 1985; Sanhueza 1981). De la misma manera, las dinámicas locales de fines del Arcaico y principios del Formativo, a pesar de ser conocidas a lo largo de todo el perfil entre la costa y el altiplano de Tarapacá (Núñez 1975), todavía no han sido consideradas en su real magnitud dentro del proceso de cambio social que, obnubilados por las civilizaciones altoandinas, tampoco nos permiten explorar la posibilidad de que la vida aldeana y la agriculturización sean aspectos paralelos de un modo de ser y estar en un lugar que hoy entendemos como un “desierto”.

Conforme a todo lo anterior, asumimos el reto de Núñez (1984), cuando se refiere a asentamientos como Pircas, que nosotros también aplicamos a Caserones y Guatacondo. Núñez afirmó que:

en esta clase de sitio, queda para investigaciones posteriores documentar los patrones de actividad residencial que permitan explicar la singularidad arquitectónica de estos sitios en los Valles Occidentales, su cercanía a los espacios agrícolas y forestales de la quebrada aledaña a la pampa del Tamarugal, como la fuerte expresión simbólica asociada a situaciones de identidad territorial y étnica en los espacios ocupados, lo cual

apunta a un estrecho vínculo entre la necesidad de contar con espacios de usos litúrgico y la gestación de un patrón habitacional disperso durante este período (Núñez 1984:165-166).

En este sentido, reiteramos lo que hemos planteado a partir de nuestra investigación en curso sobre las formaciones sociales andinas a través del Complejo Cultural Pica Tarapacá (Uribe 2006). Entendemos el Formativo en la región de estudio como un momento hipotético durante el cual las manifestaciones arquitectónicas y tecnológicas, residenciales como ceremoniales, serían un reflejo de las prácticas de regulación de la libre explotación de los recursos naturales, en especial de los recursos forestales dentro de un ambiente bastante frágil como éste, que habría ido de la mano con formaciones sociales más controladas que promueven la estructuración de la comunidad en aldeas, antes dispersas (p.ej. Pircas y Ramaditas). Por consiguiente, la arquitectura aldeana definiría un modo de trabajo, un orden social y una identidad particular a cada quebrada (p.ej. Caserones distinto a Guatacondo), a través de los cuales se fijarían la movilidad, el territorio y la competencia, con los consecuentes resultados de desigualdad social (Adán et al. 2005; Uribe 2006). Al respecto, la aldea, la agricultura, las conexiones a larga distancia y el intercambio de bienes, no serían causas ni efectos de lo anterior, ni menos de un sentimiento progresista. Planteamos que, como intentamos explicar a continuación, serían características de un mismo proceso de complejidad a modo de fragmentos de un discurso social de “poder-saber” (Foucault 1979), creado colectiva e históricamente a partir de las relaciones de fuerza entre los individuos, su medio y las diversas maneras de concebir la realidad que se vive.

Una arqueología substantiva para el formativo

Como en cualquier otra investigación, es importante avanzar en la comprensión del período Formativo aportando información concreta en términos de nuevos datos, fechados y síntesis en los marcos ambientales específicos. Sin embargo, como ha sido característico de nuestros estudios, nos interesa sobre manera participar de la reflexión teórica a través de un “pensar-social” la cultura material y eliminando la dicotomía entre presente y pasado, en tanto este pensar el pasado es socialmente vigente en el presente (Bond y Gilliam 1994; Shack 2002; Uribe y Adán 2003, 2004). Por lo mismo, hemos sido explícitos en nuestro alineamiento teórico con el materialismo, en especial de origen marxista, aunque dentro de una postura marcadamente crítica que intenta un conocimiento sustantivo y no sólo formal de la realidad (Leone 1983; Uribe y Adán 2004).

Por tales razones, en esta oportunidad ofrecemos avanzar desde este enfoque hacia una comprensión del Formativo, otorgándole un papel protagónico a la *praxis* social y simbólica como ejes para entender la viabilidad del cambio económico y para que éste tuviera “éxito” en el tiempo, a la par de nuevas formaciones sociales e ideas de mundo. Al respecto, no pretendemos invertir el orden de la realidad a favor del idealismo, sino entender que esta evolución involucra todos los aspectos de la sociedad, donde la producción económica como simbólica tiene expresiones concretas y tangibles (p.ej. progresos, resistencias, dolores y pérdidas) en las prácticas colectivas e individuales de un momento histórico determinado. Pero, tampoco pretendemos seguir ciegamente el juego positivista

al que nos obliga la arqueología anglosajona (p.ej. Conkey 1999; Earle y Preucel 1987; Schiffer 1984), ya que nos parece parte de una estrategia ideológica característica de nuestro tiempo y cuyos síntomas de alienación e individualismo ya los delineó Marx (Žižek 2003). Para nosotros, toda evidencia empírica se enmarca en un debate de ideas y no mantiene una existencia independiente de los individuos, por lo que el registro arqueológico debe evaluarse a la luz de la calidad de los argumentos.

Luego de décadas de discusión antropológica sobre la evolución sociocultural, nos parece necesario actualizar el debate a partir de nuestra propia experiencia investigativa y área de estudio, asumiendo que estamos estudiando épocas de cambios bajo el concepto de “*long durée*” (Braudel 1980). Esto, porque dicha discusión no ha logrado eliminar el concepto a pesar de sus muchas críticas, encontrándonos actualmente en un momento de revitalización del mismo debido a las crisis paradigmáticas de la postmodernidad y por los efectos de la globalización cultural (Ember y Ember 1997; Johnson y Earle 2003).

Johnson y Earle (2003) plantean ha dejado de ser una problema a dilucidar si se produjo o no la evolución social y cultural. El trabajo arqueológico procedente de todos los continentes documenta cambios desde tempranas sociedades a pequeña escala hacia otras más complejas y tardías. Siguiendo a estos autores, a pesar de no haber una necesidad intrínseca para que toda sociedad evolucione en esta dirección, parecieran existir procesos entrelazados como “la intensificación de la subsistencia, la integración política y la estratificación social que han sido observados una y otra vez en casos históricamente independientes” (Johnson y Earle 2003:12). Por ejemplo, “los cazadores recolectores diversifican y adoptan la agricultura, se forman asentamientos estables y se integran en entidades políticas regionales, los jefes consiguen dominar y transformar las relaciones sociales [a su favor]” (Johnson y Earle 2003:12).

A lo largo de los años, a través de una serie de debates que al día de hoy continúan, se han propuesto numerosas respuestas a este hecho. En el siglo XIX los evolucionistas sociales tendieron hacia una visión optimista de la evolución, sosteniendo que las sociedades humanas estaban cambiando desde una condición inferior a una superior (p.ej. Engels 1971; Morgan 1987). El problema que estas teorías planteaban a los antropólogos era la aceptación implícita de un concepto de progreso ligado a la cultura, con sus consecuentes prejuicios etnocentristas, clasistas y racistas, manifiestos en sus tipologías que consignaban desde sociedades primitivas hasta la civilización. Comprometido con un profundo relativismo cultural, Boas (1947) y sus discípulos rechazaron el evolucionismo, lo que se convirtió en un eje para el desarrollo de la antropología norteamericana (Trigger 1992). Pero, el cambio hacia la complejidad era evidente en el registro arqueológico y no podía ser simplemente negado o desdeñado.

Así, una nueva generación buscó rehabilitar la idea de progreso, sin su carga valorativa y bajo el lenguaje científico de la evolución unilineal (Childe 1988; White 1982). En este caso, la evolución era considerada una cualidad potencial de todas las comunidades humanas relacionada con el conocimiento acumulativo en el dominio de la cultura sobre la naturaleza a través (según cada autor y su postura política) del desarrollo tecnológico o la captación de energía. Un aspecto relevante al respecto, es el cambio de la

idea de progreso. Los teóricos propusieron que el avance tecnológico y no biológico era la causa del desarrollo humano y, por lo tanto, de una mayor complejidad social y política. Este progreso tecnológico, además, tenía la virtud de proporcionar una explicación directa y concreta para el cambio económico: la humanidad inventa nuevas técnicas, algunas de las cuales son aceptadas o rechazadas, y por lo tanto se copian, comparten y permanecen hasta que invenciones todavía más aceptables las desplazan. De acuerdo con la esperanzadora sentencia de Childe (1975): “El hombre se hace a sí mismo”, dejando huellas materiales de este proceso, posibles de ser recuperadas del pasado para comprender arqueológicamente a la sociedad (Childe 1960).

No obstante, tal como lo planteaba White (1982), la reducción de la evolución a la tecnología o la energía está demasiado apartada de los datos empíricos y sociales. Una solución para este excesivo reduccionismo, fue la teoría de la evolución multilineal de Stewart (1955), para quien toda transformación era local ya que la gente al resolver activamente los problemas de la vida cotidiana, al cambiar su comportamiento o rehusar cambiarlo, promovía la evolución. A este proceso local lo denominó “adaptación”, y fue a través de este concepto que la antropología forjó un vasto cuerpo teórico que se ha desarrollado hasta la fecha bajo el ecologismo y el funcionalismo. Así, ninguna tendencia intrínseca a perfeccionarse dirige la tecnología hacia un incremento constante de los niveles de eficiencia. En consecuencia, los cazadores recolectores pueden permanecer como tales indefinidamente, y los horticultores y pastores pueden permanecer igualitarios y a pequeña escala pese haber producido energía.

Los antropólogos que siguieron a Stewart, por lo tanto, se apartaron del reduccionismo tecnológico de uso de herramientas o energía para crear tipologías de niveles de complejidad que se centraban cada vez más en modelos de organización social (p.ej. Fried 1967; Service 1975). Consecuentemente, a pesar de que nuestros casos de estudio se encuadran hasta hoy en categorías unilineales (cazadores, recolectores, pastores, agricultores, familia, comunidad, tribu, jefatura, señorío, estado, etc.), dichas categorías ahora se entienden bajo un esquema multilineal (Flannery 1975). En este sentido, Service y Fried basan sus explicaciones evolucionistas en la emergencia de la estratificación social y el mayor control político. De acuerdo con sus tipologías, para uno se trata de cómo los líderes toman el poder (Fried 1985), mientras que para el otro el punto es porqué la comunidad se lo concede (Service 1975).

Algunos teóricos (p.ej. Carneiro 1970; Cohen 1981; Harris 1982), exploraron la posibilidad de que la evolución estuviera conducida por la lucha humana para afrontar el deterioro en la calidad de vida causado por un crecimiento demográfico implacable, o debido a la extrema desigualdad de clases (Bate 1977; Lumbreras 1994). Desde estas perspectivas, al incrementarse la competencia por los recursos, bienes o capitales, los individuos deben vivir más juntos para defenderse a sí mismos, a sus alimentos y sus tierras. El liderazgo se convierte en una necesidad para el trabajo, la defensa y formación de alianzas, donde el grupo debe emprender proyectos complejos a fin de aprovechar al máximo unos recursos menguantes o abundantes. Según este punto de vista, el crecimiento de la población y una reacción en cadena de cambios económicos y sociales se sitúan en la base del proceso. Por lo tanto, la competencia, el conflicto, la violencia y, finalmente, la

guerra o la revolución son suficientes para estimular la complejidad política.

Lo que resulta llamativo de esto, es reconocer que el recurso de la fuerza para alcanzar los intereses y metas de un grupo o clase es parte de nuestra herencia humana (Clastres 1978; Campagno 1998). No obstante, esta forma de explicar la sociedad en una condición de conflicto, coacción y resistencia al orden y al Estado, se entiende mejor si consideramos que los pueblos también han intentado evitar la guerra, crear espacios pacificados y controlar sus defectos en una especie de “contrato social” (Balandier 2004; Elías 1994). Si el recurso a la violencia es parte de la caja de herramientas humana, igualmente lo son la cooperación, solidaridad y generosidad.

En relación con la lógica de este orden y desorden, una de las razones aludidas ha sido explicar la evolución por medio de la dialéctica entre individuo y sociedad. En particular, se ha supuesto que las personas están movidas por un interés egoísta orientado a la adquisición de prestigio y riqueza. Al contrario de esto, partiendo de los trabajos de Malinowski (1986) que abren la discusión en torno de esta concepción y en una clara confluencia con Weber (1964), se plantea que el comportamiento económico individual se halla ante todo motivado por valores que no se originan en el propio interés material del sujeto, sino en una matriz social y cultural de compromisos y creencias. Desde la perspectiva de la economía substantiva de Polanyi (1976), entonces, se definen tres formas fundamentales y complementarias impuestas por la sociedad: la reciprocidad, la redistribución y el intercambio. En este sentido, los individuos no hacen cálculos necesariamente racionales de su propio interés cuando se hallan confrontados con una serie de expectativas sociales, no escogen sino que siguen normas que se desenvuelven desde lo doméstico a lo comunitario (Godelier 1967; Meillassoux 1982). No obstante, el formalismo opina que los individuos sí racionalizan el beneficio a obtener, incluso detrás de conductas que a primera vista parecen absurdas como tener animales sagrados, grandes banquetes, destrucción de riquezas, guerras rituales, tabúes alimenticios, entre otros (Harris 1993).

En definitiva, cada grupo humano existe en un medio de posibilidades y restricciones y cuenta con determinadas tecnologías para cubrir las necesidades básicas de su población. La organización social, intrínseca a este proceso de producción, está caracterizada por una división del trabajo y métodos o medios para obtener, modificar, almacenar y compartir recursos. Es preciso, en consecuencia, afrontar y resolver esta tensión sobre el acceso a los recursos interna y externamente. A medida que aumenta la escala, rasgos como tecnología, organización, producción y competencia, desembocan en regímenes de liderazgo y desigualdad. Y en todos los niveles, además, las prácticas e instituciones se santifican mediante mitos, rituales, tabúes y otros medios de invocar el respeto reverencial a fin de normalizar, vigilar y castigar el comportamiento social (Balandier 2004; Foucault 2002).

En este sentido, retomamos la discusión en la dirección más política ya trazada por autores como Fried (1967, 1985) y Service (1975), así como por otros (Cohen 1978; Gellner 1997), con respecto a las relaciones económicas y de poder, y su simbolismo, para entender la complejidad y su evolución. Siguiendo a Johnson y Earle (2003), la capacidad simbólica y práctica de la cultura permite una solución nueva, poderosa y decisiva al dilema de la lucha por la subsistencia (Hardin 1968; Sahlins 1972, 1977), dándole su

carácter eminentemente social a este proceso. A través de medios simbólicos (Cohen 1978), codificados como normas de buena y mala conducta, incorporados en identidades como el clan y el linaje, parentescos ficticios y unidad étnica, emocionalmente basados en el respeto y la solidaridad, las personas son capaces de tratar a los parientes lejanos y los extraños con algo del mismo respeto que hacia sí mismos. Entonces, una solución práctica para los miembros de estos grupos frente a una situación de confusión, es la de observar un código de conducta que los regule a todos y proteja los recursos comunes. Por consiguiente, se debe castigar a los violadores del código, ya que sólo a través de la elaboración política de instituciones, la constitución de la propiedad y normas para controlar la subsistencia, las nuevas comunidades pueden mantenerse en este medio competitivo.

Cabe, en suma, calificar de economía política a esta institucionalidad (Blanton et al. 1996; Earle 1991; Nielsen 1995), que al solucionar problemas de la economía de subsistencia (Sahlins (1977) con “la opulencia primitiva”, Hardin (1968) con “la tragedia de los comunes”), comienza a crear nuevas formas de complejidad que toman vida por sí mismas. Como ejemplo de este proceso, Hardin (1968) plantea que cuando la tierra u otros recursos se poseen en común, como pudo ser en un contexto final del Arcaico o Formativo, termina produciéndose graves daños porque los individuos no consideran que vaya en su propio provecho proteger dichos bienes, desatando el desastre económico a causa de la sobreexplotación que degrada los recursos compartidos. A la par, se produce la “tragedia social” debido a que es factible el surgimiento de la propiedad privada con sus conocidas consecuencias de inequidad, pero en estos contextos los individuos considerarán producto racional del interés por conservar sus recursos.

Sin embargo, para avanzar aún más en esta explicación materialista (Stanish 2003), una de las vías que ha explorado actualmente la arqueología corresponde a los estudios de estructuración social, identidad y etnogénesis (Buikstra 2005; Giddens 1994; Hernando 2002; McGuire 1983), intentando comprender estas contradicciones entre individuo, sociedad y sus lógicas de concebir la naturaleza, ocupar el espacio y estar en el mundo. Para Hernando (2002), “el modo en que se construye la identidad tiene que ver con el mecanismo por el cual cada grupo humano contempla como realidad, interpretándola, sólo una porción de las infinitas dinámicas de la naturaleza en la que estamos insertos. Es decir, que nuestra idea de quiénes somos y dónde estamos depende del control material que tengamos sobre nuestras condiciones de vida y se construye a través de la selección de determinados fenómenos de la realidad mediante su inclusión en un sistema de orden determinado por los parámetros tiempo y espacio” (Hernando 2002:206).

Obviamente, estas variables abren la posibilidad a un análisis arqueológico, ya que la estructuración de la sociedad sólo puede entenderse a través del modo en que los individuos representan su realidad, es decir, cómo la materializan y simbolizan. Siguiendo a la autora, por lo tanto, para entender cómo construimos esa realidad, nuestro lugar en ella y la identidad respectiva, es necesario estudiar cómo representamos el espacio y el tiempo. Los seres humanos vivimos en un mundo tan complejo, tan dinámico y con tantas facetas que a partir de determinado momento de la evolución logramos utilizar símbolos para diseñar universos a la medida de nuestras posibilidades de actuación y control, donde nosotros de una u otra manera podamos ser la referencia y el agente (Bourdieu 1977).

Consistente con este argumento sobre la estructuración individuo y sociedad, intentamos comprender el Formativo, entendiendo que el cambio económico o el avance tecnológico, por ejemplo la agriculturización, no son mera causa del cambio social visto en la arquitectura aldeana. Se trata, más bien, de la expresión de un proceso en que los individuos seleccionan la información que pueden atender y es posible de interpretar en función de insertarla en un universo de sentido, de carácter comunitario pero constituido por fuerzas opuestas y diversas como la individualidad misma, delimitando espacio y propiedad. La agricultura como cambio económico y la vida aldeana no son variables en relación de causa y efecto de un fenómeno natural, sino la naturalización de una *praxis* social que adquiere calidad de momento y monumento histórico (Le Goff 1991). Así, al menos estos dos hechos son una demostración empírica de que las sociedades en cuestión están vivenciando fuertes tensiones en su seno, las que conllevan a la negociación y disputa de los medios simbólicos que representan ese tiempo y espacio (p.ej. trazados aldeanos, monumentos funerarios, usos cerámicos, diseños textiles), optando por alguna clase de acuerdo social a favor pero sobre los individuos.

De esta manera surgen actos de fundación de nuevas identidades y otros órdenes, posibles de reconocer en las prácticas de identificación que observamos en las expresiones materiales que llamamos “estilo”, sobre el cual la arqueología ha reflexionado sistemáticamente (p.ej. Conkey y Hastorf 1990; Dietler y Herbich 1998; Plog 1983; Sackett 1977; Wiessner 1983). Por lo tanto, el estilo puede considerarse dentro de un proceso de cambio como parte de la estructuración y etnogénesis de una sociedad distinta (Buikstra 2005), donde convergen y se comprenden situaciones de transformación económica, desigualdad social y una concepción diferente del individuo en sociedad a través de rasgos biológicos, nuevas tecnologías, patrón de asentamiento y manifestaciones ceremoniales (p.ej. dieta, deformación craneana, vestuario, metales, arquitectura doméstica y ceremonial, prácticas mortuorias, iconografía, etc.). Sin duda, todas estas materialidades son comunes en el registro arqueológico, sin embargo, su tratamiento en un contexto específico bajo esta perspectiva así como un manejo especializado y multivariado de los datos podrían generar resultados fructíferos para el estudio del Formativo.

Palabras finales

Al amparo de este marco teórico del “pensar-social”, proponemos un enfoque que a futuro permita interpretar evidencia empírica novedosa, repensar la existente así como profundizar en la especificidad de este período, a la vez que capaz de introducimos en la discusión del Formativo de los Andes Centro Sur. Para nosotros, lo anterior se vuelve aún más relevante cuando consideramos que la rica evidencia agrícola y aldeana de Tarapacá, apoyada en la alta calidad de conservación de su material arqueológico local y foráneo, ofrecen una oportunidad única para el estudio de un potencial todavía escasamente aprovechado debido a notables vacíos temporales y temáticos en la investigación de este territorio, centrada casi exclusivamente en el curso bajo de las quebradas de Tarapacá (Núñez 1979, 1982, 1984) y Guatacondo (Rivera 1985; Rivera et al. 1995-96), o en la costa de Pisagua (Aufderheide et al. 1994). Por otra parte, debe considerarse que en Arica los

estudios se han centrado en los contextos funerarios (Muñoz 2004; Romero et al. 2004), en Tarapacá la atención ha estado puesta principalmente en el tema agrícola poco contextualizado (Meighan y True 1980; Núñez 1979), en Ramaditas se centra con el mismo enfoque en la metalurgia (Rivera et al. 1995-96), en Quillagua ha importado la interacción entre zonas de frontera (Agüero et al. 2006), mientras que en Pisagua se enfatiza sobre las migraciones (Aufdherheide et al. 1994). Un poco más lejos pero no por eso menos desconectado, en Atacama se mantienen las discusiones cronológicas y el énfasis sigue puesto en la domesticación de animales (Núñez 1994), siendo la agriculturización y la vida aldeana temas paralelos e inconclusos (Agüero 2005; Núñez 2005), asignando un rol demasiado especial a una especialización, todavía hipotética, de los movimientos de caravanas y la minería (Llagostera 1996; Núñez y Dillehay 1995).

Por lo tanto, y sin desvalorizar estos estudios, estamos seguros que investigando el período con un enfoque holístico (Scarborough 2006), que realza la dialéctica entre individuo y sociedad, las capacidades de agencia y estructuración, el manejo económico y simbólico como partes del mismo proceso de cambio social, podremos dar respuestas substantivas y brindar una comprensión alternativa con respecto al Formativo del Norte Grande de Chile.

Agradecimientos. A Simón Urbina, Magdalena García y Alejandra Vidal, mis alumnos, ayudantes y colegas que me han apoyado incondicionalmente en esta reflexión. Este trabajo ha sido financiado por CONICYT Chile, proyecto FONDECYT 1030923: “El Complejo Cultural Pica-Tarapacá. Propuestas para una arqueología de las sociedades de los Andes Centro Sur (900-1540 DC)”.

Referencias

- Adán, Leonor y Simón Urbina. 2004 Historia arquitectónica de la localidad de Pisagua (I Región, Chile): Una tradición olvidada en los períodos tardíos del área Pica-Tarapacá. Ponencia presentada en el XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Río Cuarto.
- Adán, Leonor, Mauricio Uribe y Simón Urbina. 2005 Arquitectura pública y doméstica en las quebradas de Tarapacá: Asentamiento y dinámica social en el Norte Grande de Chile. Ponencia presentada en el Taller Procesos Sociales Prehispánicos en Andes Meridionales, Tilcara.
- Agüero, Carlos, Patricia Ayala, Mauricio Uribe, Carlos Carrasco y Bárbara Cases. 2006 El período Formativo desde Quillagua, Loa (norte de Chile). En *Esferas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas: Los Andes Sur Centrales*, editado por H. Lechtman, pp. 73-120. Instituto de Estudios Peruanos, Institute of Andean Research, Lima.
- Agüero, Carolina. 2005 Aproximación al asentamiento humano temprano en los oasis de San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños* 30:29-60.
- Agüero, Carolina y Bárbara Cases. 2004 Quillagua y los textiles formativos del Norte Grande de Chile. En *Actas del XV Congreso de Arqueología Chilena*, Tomo II, pp. 599-618. Chungara, Revista de Antropología Chilena, Volumen Especial, Arica.
- Agüero, Carolina, Mauricio Uribe, Patricia Ayala y Bárbara Cases. 1997 Variabilidad textil durante el período Intermedio Tardío en el valle de Quillagua: Una aproximación a la etnicidad. *Estudios Atacameños* 14:263-290.
- Agüero, Carolina, Mauricio Uribe, Patricia Ayala y Bárbara Cases. 1999 Una aproximación arqueológica a la etnicidad: El rol de los textiles en la construcción de la identidad cultural en los cementerios de Quillagua (Norte de Chile). *Gaceta Arqueológica Andina* 25:167-198.
- Agüero, Carolina, Mauricio Uribe, Patricia Ayala, Bárbara Cases y Carlos Carrasco. 2001 Ceremonialismo
-

- del período Formativo en Quillagua, Norte Grande de Chile. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 32:24-34.
- Ajata, Rolando. 2004 Aproximación al espacio geográfico del complejo cultural Pica-Tarapacá, Norte de Chile: Una visión desde los sistemas de información geográfica. Ponencia presentada en el XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Río Cuarto.
- Althusser, Louis. 1974 *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Anderson, Benedict. 1993 *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Aufderheide, Arthur C., Marc A. Kelley, Mario Rivera, Luz Gray, Larry L. Tieszen, Elysha Iversen, H. Roy Krouse y Álvaro Carevic. 1994 Contributions of Chemical Dietary Reconstruction to the Assessment of Adaptation by Ancient Highland Immigrants (Alto Ramírez) to Coastal Conditions at Pisagua, North Chile. *Journal of Archaeological Science* 21(4):515-524.
- Ayala, Patricia. 2001 Las sociedades formativas del Altiplano Meridional y su relación con el Norte Grande de Chile. *Estudios Atacameños* 21:7-39.
- Balandier, George. 2004 *Antropología política*. Ediciones del Sol, Buenos Aires.
- Bate, Felipe. 1977 *Arqueología y materialismo histórico*. Ediciones de Cultura Popular, México.
- Bird, Junius. 1943 *Excavations in Northern Chile*. Anthropological Papers American Museum of Natural History 38, Nueva York.
- Blanton, Robert, Gary M. Feinman, Stephen A. Kowalewski y Peter N. Peregrine. 1996 A Dual-Processual Theory for the Evolution of Mesoamerican Civilization. *Current Anthropology* 37(1):1-14.
- Boas, Frank. 1947 *Cuestiones fundamentales de antropología cultural*. Lautaro, Buenos Aires.
- Bond, George C. y Angela William (eds.). 1994 *Social Construction of the Past. Representation as Power*. Routledge, Londres.
- Bourdieu, Pierre. 1977 *Outline of Theory of Practice*. Cambridge University Press, Cambridge.
- 1997 *Razones prácticas. Sobre teoría de la acción*. Editorial Anagrama, Barcelona.
- Braudel, Ferdinand. 1980 *On history*. University of Chicago Press, Chicago.
- Buikstra, Jane. 2005 Ethnogenesis and Ethnicity in the Andes. En *Us and Them: Archaeology and Ethnicity in the Andes*, editado por R.M. Reycraft, pp. 233-238. Cotsen Institute of Archaeology, University of California, Los Ángeles.
- Campagno, Marcelo. 1998 Pierre Clastres y el surgimiento del Estado, veinte años después. *Boletín de Antropología Americana* 33:101-113.
- Carneiro, Robert. 1970 A Theory of the Origin of the State. *Science* 169:733-738.
- Castro, Victoria y Myriam Tarragó. 1992 Los inicios de la producción de alimentos en el Cono Sur de América. *Revista de Arqueología Americana* 6:91-122.
- Clastres, Pierre. 1978 *La sociedad contra el Estado*. Monte Ávila, Caracas.
- Cohen, Abner. 1978 Antropología política. En *Antropología Política*, editado por J.R. Llobera, pp. 55-82. Anagrama, México.
- Cohen, Mark. 1981 *La crisis alimentaria en la Prehistoria*. Alianza, Madrid.
- Conkey, Margaret. 1999 An End Note: Reframing Materiality for Archaeology. En *Materials Meanings. Critical Approaches to the Interpretation of Material Culture*, editado por E.S. Chilton, pp. 133-141. The University Utah Press, Salt Lake City.
- Conkey, Margaret y Christine Hastorf (eds.). 1990 *The Uses of Style in Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Childe, Gordon. 1960 *Progreso y arqueología*. Dédalo, Buenos Aires.
- 1973 *La evolución social*. Alianza Editorial, Madrid.
- 1975 *Qué sucedió en la historia*. Biblioteca de Bolsillo, Crítica, Barcelona.
- 1988 *Los orígenes de la civilización*. Fondo de Cultura Económica, Madrid.
- Dauelsberg, Percy. 1972-73 La cerámica de Arica y su situación cronológica. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 1-2:17-24.
- 1985 Faldas del Morro: Fase cultural agroalfarera temprana. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 14:7-44.
- 1992-93 Prehistoria de Arica. *Diálogo Andino* 11-12:11-31.
- De Bruyne, Emil. 1963 *Informe sobre el descubrimiento de un área arqueológica*. Publicaciones Ocasionales del Museo Nacional de Historia Natural 2, Santiago.
- Dielter, Michael y Ingrid Herbich. 1998 *Habitus, Techniques, Style: An Integrated Approach to the Social*

- Understanding of Material Culture and Boundaries. En *The Archaeology of Social Boundaries*, editado por M. Stark, pp. 232-263. Smithsonian Institution Press, Washington D.C.
- Earle, Timothy K. 1991 *Chieftoms: Power, Economy, and Ideology*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Earle, Thimothy K. y Robert Preucel. 1987 Processual Archaeology and the Radical Critique. *Current Anthropology* 28:501-538.
- Elías, Norbert. 1994 *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- Ember, Carol y Melvin Ember. 1997 *Antropología Cultural*. Prentice Hall, Madrid.
- Engels, Frederic. 1971 *El origen de la familia, de la propiedad privada y el Estado*. Claridad, Buenos Aires.
- Fernández, Victor M. 2006 *Una arqueología crítica*. Crítica Arqueología, Barcelona.
- Flannery, Kent. 1975 *La evolución cultural de las civilizaciones*. Editorial Anagrama, Barcelona.
- Focacci, Guillermo. 1974 Excavaciones en el cementerio de Playa Miller 7. Arica, Chile. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 3:23-74.
- 1980 Síntesis de la arqueología del extremo Norte de Chile. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 6:3-23.
- Foucault, Michel. 1979 *Microfísica del poder*. Colección Genealogía del Poder, Ediciones de La Piqueta, Madrid.
- 2002 *Vigilar y castigar: el nacimiento de la prisión*. Siglo Veintiuno Editores. Buenos Aires.
- Fried, Morton. 1967 *The Evolution of Political Society*. Random House, Nueva York.
- 1985 Sobre la evolución de la estratificación social y el Estado. En *Antropología Política*, editado por J.R. Llobera, pp. 133-151. Editorial Anagrama, México.
- Gallardo, Francisco. 2004 El arte rupestre como ideología: Un ensayo acerca de pinturas y grabados en la localidad del río Salado (Desierto de Atacama, Norte de Chile). En *Actas del XV Congreso de Arqueología Chilena*, Tomo I, pp. 427-440. Chungara, Revista de Antropología Chilena, Volumen Especial, Arica.
- García, Magdalena y Alejandra Vidal. 2006 *Análisis de restos vegetales de Caserones-1, Región de Tarapacá. Diversidad, distribución, uso y funcionalidad*. Informe Proyecto FONDECYT 1030923. Manuscrito, Santiago.
- Geertz, Clifford. 1987 La ideología como sistema cultural. En *Interpretación de las culturas*, editado por C. Geertz, pp. 171-202. Gedisa, Barcelona.
- Gellner, Ernest. 1997 *Antropología y política. Revoluciones en el bosque sagrado*. Gedisa, Barcelona.
- Giddens, Anthony. 1994 *El Capitalismo y la moderna teoría social*. Editorial Labor S.A., Barcelona.
- Giddens, Anthony y Jonathan Turner (eds.). 1995 *La teoría social hoy*. Alianza Editorial, Buenos Aires.
- Godelier, Maurice. 1967 *Racionalidad e irracionalidad en economía*. Siglo XXI, México.
- Goldstein, Paul. 2000 Exotic Goods and Everyday Chiefs: Long Distance Exchange and Indigenous Sociopolitical Development in the South Central Andes. *Latin American Antiquity* 11(4):1-27.
- Greene, Kevin. 1999 V. Gordon Childe and the vocabulary of revolutionary change. *Antiquity* 73:97-109.
- Hardin, Garrett. 1968 The tragedy of the commons. *Science* 162:1243-1248.
- Harris, Marvin. 1982 *El materialismo cultural*. Alianza Universidad, Madrid.
- 1993 *Vacas, cerdos, guerras y brujas: Los enigmas de la cultura*. Alianza, Madrid.
- Hernando, Almudena. 2002 *Arqueología de la identidad*. Akal S.A., Madrid.
- Hodder, Ian. 1998 The Past as Passion and Play: Catalhöyük as a Site of Conflict in the Reconstruction of Multiple Pasts. En *Archaeology under Fire. Nationalism, Politics and Heritage in the Eastern Mediterranean and the Middle East*, editado por L. Meskell, pp. 124-139. Routledge, Londres.
- Johnson, Allen y Timothy Earle. 2003 *La evolución de las sociedades humanas*. Ariel Prehistoria, Barcelona.
- Le Goff, Jaques. 1991 *El orden de la memoria: El tiempo como imaginario*. Editorial Paidós, Barcelona.
- Le Paige, Gustavo. 1958 *Antiguas culturas atacameñas en la cordillera chilena (Época Neolítica)*. Anales de la Universidad Católica de Valparaíso 4-5, Valparaíso.
- Lecoq, Patrice y Ricardo Céspedes. 1997 Nuevos datos sobre la ocupación prehispánica de los Andes Meridionales de Bolivia (Potosí). *Cuadernos* 9:111-152.
- Leone, Mark, Parker Potter y Paul Shackel. 1987 Toward a Critical Archaeology. *Current Anthropology* 28:283-302.
- Lumbreras, Luis. 1981 *Arqueología de la América Andina*. Editorial Milla Batres, Lima.
- 1994 Acerca de la aparición del Estado. *Boletín de Antropología Americana* 29:5-33.
- Llagostera, Agustín. 1989 Caza y pesca marítima (9.000 a 1.000 AC). En *Culturas de Chile. Prehistoria*,

- editado por J. Hidalgo et al., pp. 57-80. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- 1996 San Pedro de Atacama: Modo de complementariedad reticular. En *Integración surandina: Cinco siglos después*, editado por X. Albó et al., pp. 17-42. Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas y Universidad Católica del Norte, Cusco.
- Malinowski, Bronislaw. 1986 *Los argonautas del Pacífico occidental*. Península, Barcelona.
- McAndrews, Timothy L. 2005 *Los sistemas de asentamiento Wankarani desde una perspectiva evolutiva. Estudio de una sociedad temprana basada en la aldea y su evolución cultural en el sur del Altiplano Central Andino*. Plural Editores, La Paz.
- McGuire, Randall H. 1983 Breaking down Cultural Complexity: Inequality and Heterogeneity. *Advances in Archaeological Method and Theory* 6:91-142.
- McGuire, Randall H. y Robert Paynter (eds.). 1991 *The Archaeology of Inequality*. Blackwell, Oxford.
- Meighan, Clement y Donald True (eds.). 1980 *Prehistoric Trails of Atacama: Archaeology of Northern Chile*. Monumenta Archaeologica 7, The Institute of Archaeology, University of California, Los Ángeles.
- Meillassoux, Claude. 1982 *Mujeres, graneros y capitales: Economía doméstica y capitalismo*. Siglo XXI, México.
- Miller, Daniel y Christopher Tilley (eds.). 1984 *Ideology, Power and Prehistory*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Miller, Daniel, Michael Rowlands y Christopher Tilley (eds.). 1989 *Domination and Resistance*. Urwin Hyman, Londres.
- Moragas, Cora. 1995 Desarrollo de las comunidades prehispánicas del litoral Iquique-desembocadura río Loa. En *Actas del XIII Congreso de Arqueología Chilena*, Tomo I, pp. 65-80. Volumen especial de *Hombre y desierto* 9, Antofagasta.
- Morgan, Lewis. 1987 *La sociedad primitiva*. Endymion, Madrid.
- Mostny, Grete. 1970 La subárea arqueológica de Guatacondo. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* XXIX, 16:271-287.
- Muñoz, Iván. 1980 *Túmulos funerarios: Evidencias del proceso de agriculturización en los valles bajos de Arica*. Memoria de Título en Arqueología, Universidad del Norte, Antofagasta.
- 1987 Enterramientos en túmulos en el valle de Azapa: Nuevas evidencias para definir la fase Alto Ramírez en el extremo Norte de Chile. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 19:93-127.
- 1989 El período Formativo en el Norte Grande (1000 a.C. a 500 d.C.). En *Culturas de Chile. Prehistoria*, editado por J. Hidalgo et al., pp. 107-128. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- 2004 El período Formativo en los valles del norte de Chile y sur del Perú: Nuevas evidencias y comentarios. En *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo I, pp. 213-225. Chungara, Revista de Antropología Chilena, Volumen Especial, Arica.
- Muñoz, Iván, Raúl Rocha y Sergio Chacón. 1991 Camarones 15. Asentamiento de pescadores correspondiente al período Arcaico y Formativo en el Extremo Norte de Chile. En *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo II, pp. 1-24. Museo Nacional de Historia Natural, Santiago.
- Nielsen, Axel E. 1995 Architectural Performance and the Reproduction of Social Power. En *Expanding Archaeology*, editado por J. Skibo, W. Walker y A.E. Nielsen, pp. 47-66. University of Utah Press, Salt Lake City.
- Niemeyer, Hans. 1961 Excursiones a la sierra de Tarapacá. Arqueología, toponimia, botánica. *Revista Universitaria* XLVI:97-114.
- Núñez, Lautaro. 1965 Prospección arqueológica en el Norte de Chile. *Estudios Arqueológicos* 1:9-36.
- 1968 Subárea Loa-Costa Chilena desde Copiapó a Pisagua. *Actas del 38 Congreso Internacional de Americanistas* 2:145-180. Buenos Aires.
- 1969 El primer fechado radiocarbónico del complejo Faldas del Morro en el sitio Tarapacá-40 y algunas discusiones básicas. En *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 47-58. Museo Arqueológico de La Serena, La Serena.
- 1970 Algunos problemas del estudio del complejo arqueológico Faldas del Morro, Norte de Chile. *Abhand Berich Des Staa Mus Volker Dresden Bond* 31:79-109.
- 1971 Secuencia y cambio en los asentamientos humanos de la desembocadura del río Loa en el Norte de Chile. *Boletín de la Universidad de Chile* 112:3-25.
- 1974 *La agricultura prehistórica en los Andes Meridionales*. Editorial Orbe, Santiago.
- 1975 Dinámica de grupos precerámicos en el perfil costa altiplano, norte de Chile. *Estudios Atacameños*
-

- 3:59-74.
- 1976 Geoglifos y tráfico de caravanas en el desierto chileno. En *Homenaje al Dr. Gustavo Le Paige s. j.*, editado por H. Niemeyer, pp. 147-201. Universidad del Norte, Antofagasta.
- 1979 Emergencia y desintegración de la sociedad tarapaqueña: Riqueza y pobreza en una quebrada del norte chileno. *Atenea* 439:163-213.
- 1982 Temprana emergencia de sedentarismo en el desierto chileno. Proyecto Caserones. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 9:80-122.
- 1984 El asentamiento Pircas: Nuevas evidencias de tempranas ocupaciones agrarias en el Norte de Chile. *Estudios Atacameños* 7:152-177.
- 1986 Evidencias arcaicas de maíces y cuyes en Tiliviche: Hacia el semisedentarismo en el litoral fértil y quebradas del norte de Chile. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 16-17:25-47.
- 1989 Hacia la producción de alimentos y la vida sedentaria (5000 a.C.-500 d.C.). En *Culturas de Chile. Prehistoria*, editado por J. Hidalgo et al., pp. 81-105. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- 1992 *Cultura y conflicto en los oasis de San Pedro de Atacama*. Editorial Universitaria, Santiago.
- 1994 Emergencia de complejidad y arquitectura jerarquizada en la puna de Atacama: Las evidencias del sitio Tulan-54. En *Taller de Costa a Selva*, editado por M.E. Albeck, pp. 85-115. Instituto Interdisciplinario de Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Jujuy.
- 2005 La naturaleza de la expansión aldeana durante el Formativo Tardío en la cuenca de Atacama. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 37(2):165-193.
- Núñez, Lautaro y Tom Dillehay. 1995 *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de tráfico e interacción económica*. Universidad del Norte, Antofagasta.
- Núñez, Lautaro y Cora Moragas. 1977 Una ocupación con cerámica temprana en la secuencia del distrito de Cañamo (costa desértica del norte de Chile). *Estudios Atacameños* 5:21-49.
- 1983 Cerámica temprana en Cañamo (costa desértica del Norte de Chile): Análisis y evaluación regional. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 11:31-61.
- Núñez, Lautaro, Vjera Zlata y Patricio Núñez. 1975 Relaciones prehistóricas trasandinas entre el Noroeste Argentino y Norte Chileno (Período Cerámico). *Documentos de Trabajo* 6:1-24.
- Oakland, Amy. 2000 Andean Textiles from Village and Cemetery: Caserones in the Tarapacá Valley, Northern Chile. En *Beyond Cloth and Cordage: Archaeological Textile Research in the Americas*, editado por P. Drooker y L.D. Webster, pp 229-251. The University of Utah press, Salt Lake City.
- Olivera, Daniel. 2002 Sociedades agropastoriles tempranas: El Formativo Inferior del Noroeste Argentino. En *Historia Argentina Prehispánica*, editado Eduardo Berberían y Axel E. Nielsen, Tomo I, pp. 83-125. Editorial Brujas, Córdoba.
- Patterson, Thomas. 1994 Social Archaeology in Latin American: An Appreciation. *American Antiquity* 59(3):531-537.
- Plog, Stephen. 1983 Analysis of Style in Artefacts. *Annual Review of Anthropology* 12:125-142.
- Polanyi, Karl. 1976 *Comercio y mercado en los imperios antiguos*. Labor, Barcelona.
- Raffino, Rodolfo. 1977 Las aldeas del Formativo Inferior de la quebrada del Toro (Salta, Argentina). *Estudios Atacameños* 5:64-108.
- Ricoeur, Paul. 1999 *Ideología y utopía*. Editorial Gedisa, Barcelona.
- Rivera, Mario. 1975 Una hipótesis sobre movimientos poblacionales transatlánticos a las costas del Norte de Chile. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 5:7-31.
- 1976 Nuevos aportes sobre el desarrollo cultural altiplánico en los valles bajos del extremo Norte de Chile durante el Período Intermedio Temprano. En *Homenaje al Dr. Gustavo Le Paige s. j.*, editado por H. Niemeyer, pp. 71-85. Universidad del Norte, Santiago.
- 1980 Algunos fenómenos de complementariedad económica a través de los datos arqueológicos en el área Centro-Sur Andina: La fase Alto Ramírez reformulada. En *Temas arqueológicos del Norte de Chile*, editado por M. Rivera, pp. 46-69. Estudios Arqueológicos, Número Especial, Antofagasta.
- 1982 Altiplano and tropical Lowland Contacts in Northern Chilean Prehistory. Chinchorro and Alto Ramírez Revisited. En *Social and Economic Organization in the Prehispanic Andes*, editado por D.L. Browman, Richard Burger y Mario Rivera, pp. 143-160. BAR International Series 194, Oxford.
- 1985 Alto Ramírez y Tiwanaku: Un caso de interpretación simbólica. *Diálogo Andino* 4:39-58.
- 1995 Hacia la complejidad social y política: el desarrollo Alto Ramírez en el Norte de Chile. *Diálogo Andino* 13:9-37.
- 2002 *Historias del Desierto. Arqueología del Norte de Chile*. Universidad Católica del Norte.
-

- Rivera, Mario, D. Shea, Álvaro Carevic y G. Graffam. 1995-96 En torno a los orígenes de las sociedades complejas andinas: Excavación en Ramaditas, una aldea formativa del desierto de Atacama. *Diálogo Andino* 14-15:205-239.
- Romero, Álvaro, Calogero Santoro, Daniela Valenzuela, Juan Chacama, Eugenia Rosello y Luigi Piacenza. 2004 Túmulos, ideología y paisaje de la fase alto Ramírez del valle de Azapa. En *Actas del XV Congreso de Arqueología Chilena*, Tomo I, pp. 261-272. Chungara, Revista de Antropología Chilena, Volumen Especial, Arica.
- Rowe, John H. 1962 Stages and Periods in Archaeological Interpretations. *Southwestern Journal of Anthropology* 18:50-54.
- Sackett, James. 1977 The Meaning of Style in Archaeology: A General Model. *American Antiquity* 42(3):369-379.
- Sahlins, Marshall. 1972 *Las sociedades tribales*. Labor, Barcelona.
1977 *La economía en la Edad de Piedra*. Akal, Barcelona.
- Sanhueza, Julio. 1981 Antecedentes preliminares y dos fechas de radiocarbón del sitio Pukar Qollu o Pukara de Isluga, Altiplano de Iquique, I Región-Norte de Chile. *Documentos de Trabajo* 8:32-41.
en prensa Registro de un cementerio del Período Formativo en el oasis de Pica (Desierto de Tarapacá). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 38.
- Santoro, Calogero. 1980 Fase Azapa: Transición del Arcaico al desarrollo agrario inicial en los valles bajos de Arica. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 7: 46-56.
1989 Los antiguos cazadores de la Puna (9000 a 6000 AC). En *Culturas de Chile. Prehistoria*, editado por J. Hidalgo et al., pp.33-56. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Sarmiento, Griselda. 1986 La sociedad cacical agrícola. Hipótesis y uso de indicadores arqueológicos. *Boletín de Antropología Americana* 13:33-63.
- Scarborough, Vern. 2006 Intensification and the Political Economy: A Contextual Overview. En *Agricultural Strategies*, editado por J. Marcus y C. Stanish, pp. 401-418. Cotsen Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles.
- Schiappacasse, Virgilio, Victoria Castro y Hans Niemeyer. 1989 Los desarrollos regionales en el Norte Grande. En *Culturas de Chile. Prehistoria*, editado por J. Hidalgo et al., pp.181-220. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Schiapacasse, Virgilio, Álvaro Román, Iván Muñoz, Ángel Deza y Guillermo Focacci. 1991 Cronología por termoluminiscencia de la cerámica del extremo Norte de Chile: Primera parte. En *Actas XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo II, pp. 43-60. Museo Nacional de Historia Natural, Santiago.
- Schiffer, Michael. 1984 El lugar de la arqueología conductual en la teoría arqueológica. En *Segundas Jornadas de Arqueología y Ciencia*, editado por L. Cornejo et al., pp. 195-128. Museo Nacional de Historia Natural, Santiago.
- Schmidt, Peter y Thomas Patterson (eds.). 1995 *Making Alternative Histories. The Practice of Archaeology and History in Non-Western Countries*. School of American Research Press. Santa Fe.
- Service, Elman. 1975 *Origins of the State and Civilization*. Norton, Nueva York.
- Shack, William A. 2002 The Construction of Antiquity and Egalitarian Principle: Social Constructions of the Past in the Present. En *Archaeology. The Widening Debate*, editado por B. Cunliffe, W. Davies y C. Renfrew, pp. 113-118. The British Academy, Oxford University Press, Oxford.
- Stanish, Charles. 2003 *Ancient Titicaca: The evolution of Complex Society in the Titicaca Basin of Peru and Bolivia*. University of California Press, Berkeley.
- Steward, Julian. 1955 *Theory of Culture Change: The Methodology of Multilinear Evolution*. University Illinois, Urbana.
- Thomas, Carlos, Claudio Massone y Antonia Benavente. 1988-89 Sistematización cerámica de seis yacimientos de la Provincia El Loa (II Región). *Paleoetnológica* 5:121-151.
- Tilley, Christopher. 1989 Archaeology as Socio-Political Action in the Present. En *Critical Traditions in Contemporary Archaeology*, editado por V. Pinsky y A. Wylie, pp. 104-116. Cambridge University Press, Cambridge.
1990 Foucault: Towards and Archaeology of Archaeology. En *Reading Material Culture. Structuralism, Hermeneutics and Post-Structuralism*, editado por C. Tilley, pp. 3-81. Basil Blackwell, Oxford.
- Trigger, Bruce. 1992 *Historia del pensamiento arqueológico*. Editorial Crítica, Barcelona.
1998 "The Loss of Innocence" in Historical Perspective. *Antiquity* 72:694-698.
-

- Uribe, Mauricio. 2006 Acerca de complejidad, desigualdad social y el complejo cultural Pica-Tarapacá en los Andes Centro-Sur (1000-1450 DC). *Estudios Atacameños* 31:91-114.
- 2006 Sobre cerámica, su origen y complejidad social en los Andes del desierto de Atacama, Norte de Chile. En *Esferas de interacción prehispánicas y fronteras nacionales modernas: Los Andes sur centrales*, editado por H. Letchman, pp. 449-494. Instituto de Estudios Peruanos y Andean Institute Research, Lima.
- Uribe, Mauricio y Leonor Adán. 2003 Arqueología, patrimonio cultural y poblaciones originarias: Reflexiones desde el Desierto de Atacama. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 35(2): 295-304.
- 2004 Acerca del dominio inka, sin miedo, sin vergüenza... En *Actas XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo I, pp. 467-480. Chungara, Revista de Antropología Chilena, Volumen Especial, Arica.
- Uribe, Mauricio y Patricio Ayala. 2004 La alfarería de Quillagua en el contexto formativo del Norte Grande de Chile (1000 a.C.-500 d.C.). En *Actas XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo II, pp. 585-597. Chungara, Revista de Antropología Chilena, Volumen Especial, Arica.
- Weber, Max. 1964 *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica, México.
- White, Lewis. 1982 *La ciencia de la cultura*. Paidós, Barcelona.
- Wiessner, Polly. 1983 Style and Social information in Kalahari San Projectile Points. *American Antiquity* 48(2):253-276.
- Wiley, Gordon y Phillip Phillips. 1958 *Method and Theory in American Archaeology*. University of Chicago Press, Chicago.
- Zizék, Slavoj. 2003 *El sublime objeto de la ideología*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Zlatar, Vjera. 1983 Replanteamiento sobre el problema Caleta Huelén 42. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 10:21-28.
-